

Hace 80 años...

¿Por qué la guerra?

La muerte de Sigmund Freud y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial



Epístola

¿Cómo conciliar la ausencia de ilusiones sobre el hombre con el mantenimiento del hombre como objetivo de la acción? La pregunta que, con filosa precisión y como herencia del conflictivo siglo XX, formuló Tzvetan Todorov en su obra *Memoria del mal, tentación del bien*¹ es la misma que, décadas antes y sin ser enunciada, sirvió de fundamento al intercambio epistolar entre Albert Einstein y Sigmund Freud. En la respuesta que el médico vienés elaboró, en 1932, frente a la requisitoria acerca del por qué de la guerra de quien ya era un célebre hombre de ciencia, y a pedido de la Liga de las Naciones, se propone una particular reflexión sobre el mal y sus singulares y dramáticas expresiones modernas. Las palabras escritas en Viena reflejan sus esperanzas y su desazón. Más allá de las discusiones y controversias que se pueden desarrollar sobre las primeras formulaciones de la teoría psicoanalítica, es evidente que, tras su enunciación, ya no fue posible considerar al hombre como ese ser racional, padre e hijo de la Ilustración, que con su entendimiento y esfuerzo empuja el tren del progreso. Las perspectivas implícitas en sus conceptos delinearon el sendero para establecer una revolución antropológica y cultural que quebró el hipnótico sueño

¹ Todorov, T. (2002). *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península, p. 365.

del iluminismo. Es a partir de sus ideas sobre la psiquis humana que Freud propone la siguiente reflexión sobre la guerra:

Como usted ve, no se obtiene gran cosa pidiendo consejo sobre tareas prácticas urgentes al teórico alejado de la vida social. Lo mejor es empeñarse en cada caso por enfrentar el peligro con los medios que se tienen a mano. Sin embargo, me gustaría tratar todavía un problema que usted no planteó en su carta y que me interesa particularmente: ¿Por qué nos sublevamos tanto contra la guerra, usted y yo y tantos otros? ¿Por qué no la admitimos como una de las tantas penosas calamidades de la vida? Es que ella parece acorde a la naturaleza, bien fundada biológicamente y apenas evitable en la práctica. Que no le indigne a usted mi planteo. A los fines de una indagación como esta, acaso sea lícito ponerse la máscara de una superioridad que uno no posee realmente. La respuesta sería: porque todo hombre tiene derecho a su propia vida, porque la guerra aniquila promisorias vidas humanas, pone al individuo en situaciones indignas, lo compele a matar a otros, cosa que él no quiere, destruye preciosos valores materiales, productos del trabajo humano, y tantas cosas más. También, que la guerra en su forma actual ya no da oportunidad ninguna para cumplir el viejo ideal heroico, y que debido al perfeccionamiento de los medios de destrucción una guerra futura significaría el exterminio de uno de los contendientes o de ambos. Todo eso es cierto y parece tan indiscutible que sólo cabe asombrarse de que las guerras no se hayan desestimado ya por un convenio universal entre los hombres. Sin embargo, se puede poner en entredicho algunos de estos puntos. Es discutible que la comunidad no deba tener también un derecho sobre la vida del individuo; no es posible condenar todas las clases de guerra por igual; mientras existan reinos y naciones dispuestos a la aniquilación despiadada de otros, estos tienen que estar armados para la guerra. Pero pasemos con rapidez sobre todo eso, no es la discusión a que usted me ha invitado. Apunto a algo diferente; creo que la principal razón por la cual nos sublevamos contra la guerra es que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque nos vemos precisados a serlo por razones orgánicas. Después nos resultará fácil justificar nuestra actitud mediante argumentos.

Esto no se comprende, claro está, sin explicación. Opino lo siguiente: desde épocas inmemoriales se desenvuelve en la humanidad el proceso del desarrollo de la cultura (sé que otros prefieren llamarla «civilización»). A este proceso debemos lo mejor que hemos llegado a ser y una buena parte de aquello a raíz de lo cual penamos. Sus ocasiones y comienzos son oscuros, su desenlace incierto, algunos de sus caracteres muy visibles. Acaso lleve a la extinción de la especie humana, pues perjudica la función sexual en más de una manera, y ya hoy las razas incultas y los estratos rezagados de la población se multiplican con mayor intensidad que los de elevada cultura. Quizás este proceso sea comparable con la domesticación de ciertas especies animales; es indudable que conlleva alteraciones corporales; pero el desarrollo de la cultura como un proceso orgánico de esa índole no ha pasado a ser todavía una representación familiar. Las alteraciones psíquicas sobrevenidas con el proceso

cultural son llamativas e indubitables. Consisten en un progresivo desplazamiento de las metas pulsionales y en una limitación de las mociones pulsionales. Sensaciones placenteras para nuestros ancestros se han vuelto para nosotros indiferentes o aun insoportables; el cambio de nuestros reclamos ideales éticos y estéticos reconoce fundamentos orgánicos. Entre los caracteres psicológicos de la cultura, dos parecen los más importantes: el fortalecimiento del intelecto, que empieza a gobernar a la vida pulsional, y la interiorización de la inclinación a agredir, con todas sus consecuencias ventajosas y peligrosas. Ahora bien, la guerra contradice de la manera más flagrante las actitudes psíquicas que nos impone el proceso cultural, y por eso nos vemos precisados a sublevarnos contra ella, lisa y llanamente no la soportamos más. La nuestra no es una mera repulsa intelectual y afectiva: es en nosotros, los pacifistas, una intolerancia constitucional, una idiosincrasia extrema, por así decir. Y hasta parece que los desmedros estéticos de la guerra no cuentan mucho menos para nuestra repulsa que sus crueldades.

¿Cuánto tiempo tendremos que esperar hasta que los otros también se vuelvan pacifistas? No es posible decirlo, pero acaso no sea una esperanza utópica que el influjo de esos dos factores, el de la actitud cultural y el de la justificada angustia ante los efectos de una guerra futura, haya de poner fin a las guerras en una época no lejana. Por qué caminos o rodeos, eso no podemos colegirlo. Entretanto, tenemos derecho a decirnos: todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra.²

Hay en la misiva una lúcida e implacable imagen sobre la condición humana, aunque, hacia el final del escrito, Freud parece haber sentido la obligación de expresar la esperanza de que las guerras pudiesen llegar a ser menos intensas y destructivas. Poco después, la realidad política le respondió a esta particular entrega de su pensamiento cuando sus obras fueron quemadas en la Plaza de la Ópera, en Berlín. El 10 de mayo de 1933, el fuego encendido –no por unos fanáticos ignorantes, como tal vez hubiese esperado, sino por el silencio de los académicos, que habían aceptado la expulsión de sus colegas judíos, y por los estudiantes universitarios espoleados por Joseph Goebbels– desintegraba el papel de sus escritos junto a los de Karl Marx, Bertolt Brecht, Heinrich Heine, Eric María Remarque y otros. Europa se encaminaba hacia un nuevo y desolador conflicto, pero Freud no pudo renegar de su esperanza y de su paradójal “lealtad” al hombre ilustrado. Cual escudo defensivo, expresó unas breves y erradas palabras: “¡Cuántos progresos hemos hecho! En la Edad Media me habrían quemado a mí; ahora se conforman con quemar mis libros”.

² Freud, S. (1991) “¿Por qué la guerra?” [1932]. En S. Freud. *Obras Completas Volumen 22* (pp. 196-198). Buenos Aires: Amorrortu

Presente

Freud pudo haberse equivocado en su apreciación sobre la gravedad de lo que sucedía en Alemania porque estaba frente a un hecho histórico sin precedentes. También pudo ocurrir que su cosmovisión le impidiese percibir la sombra que se expandía por Europa. La quema de libros no fue seguida de conversiones y admoniciones, sino de campos de concentración y campos de exterminio; no solo se calcinó la letra impresa. Tras las llamas de la hoguera, emergieron las cámaras de gas y los hornos crematorios. Por muy conciliador que haya querido ser con la realidad política, luego del *Anchluss* debió abandonar Austria por ser judío. Sus hermanas habrían de morir en Auschwitz, Theresienstadt y Treblinka.

Estas breves consideraciones biográficas no pretenden quitarle vigencia a su texto; por el contrario, sostienen su vigencia al mostrar lo difícil que es decidir, pensar y actuar cuando irrumpen en la realidad acontecimientos impensados. Por ello, en la complejidad social que define nuestro presente –donde la identidad biológica humana está cuestionada por una poderosa tecnología que la redefine, lo real y lo virtual parecen estar fusionados de tal forma que se vuelven indistinguibles el uno del otro y el mundo subjetivo se ha trastocado para transformarse en un conjunto de datos y algoritmos– la lectura de *¿Por qué la guerra?* y de los textos que lo precedieron, *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* (1915) y *El malestar en la cultura* (1930) pueden ser de un particular y significativo interés. Los juicios y las especulaciones enunciadas por Freud no pueden darnos una respuesta a los interrogantes que hoy nos formulamos. Sin embargo, sus conceptos nos conceden algunas valiosas huellas e improntas, señales que nos orientan hacia unos modos de reflexión que no son menos urgentes hoy de lo que pudieron haber sido en la difícil década de 1930. Desde esta perspectiva, las palabras del historiador Jonathan Glover son un llamado a la razón que parece impostergable:

Vemos cómo la inhumanidad se remonta desde nuestra época hasta el siglo XIII. Por supuesto, se extiende aún más hacia atrás. Llega tan lejos como nuestro conocimiento de la historia. El hombre de Tollund, cuyo cadáver preservado por la tumba se encontró cerca de Aarhus, había sido ejecutado en tiempos prehistóricos.

...Pero la guillotina de la Revolución Francesa y los bautismos republicanos– así como el interés en la posibilidad de gasear–, todo muestra la facilidad con la que la inhumanidad se combina con la tecnología. No cabe duda de que los acontecimientos del siglo XX habrían sido distintos si no se hubiera producido el asesinato del archiduque, pero en ningún caso la inhumanidad habría dejado de combinarse con la tecnología moderna. Es difícil suponer que hubiera muchas probabilidades de escapar de alguna variante del sangriento siglo XX que conocemos. Es necesario hacer algo con esta fatídica combinación. Los medios para expresar crueldad y matar en masa

han sido plenamente desarrollados. Es demasiado tarde para detener la tecnología. Ahora debemos dirigirnos a la psicología.³

A la educación le queda, entonces, el enorme desafío de volver a enfrentar el interrogante que se extiende desde el pasado siglo hasta la actualidad: ¿cómo conciliar la ausencia de ilusiones sobre el hombre con el mantenimiento del hombre como objetivo de la acción?

³ Glover, J. (2013). *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*. Madrid: Cátedra, p. 561. (Primera edición: 2001).